



EE.UU., Kenia, Paraguay, Mozambique



Por PALOMA RUIZ GONZÁLEZ, colegiada nº25.163

[Columbia University]

1. Estudiar un máster en ESTADOS UNIDOS y los sitios a los que me ha llevado

Me llamo Paloma. Soy de Alicante, ingeniera de caminos por la Universidad Politécnica de Madrid y, hasta ahora, la única española Master of Public Administration in Development Practice por la escuela de relaciones internacionales de la Universidad de Columbia, en Estados Unidos. En lo que sigue resumo mis experiencias como ingeniera, viviendo en Nueva York y en Kisumu, Kenia, o trabajando en proyectos cortos de consultoría e investigación, entre Paraguay, Mozambique y Estados Unidos.

“Algo interesante que te enseña el ambiente en escuelas como SIPA y universidades como Columbia es que casi todo se puede conseguir. La idea es que no hay que echarse atrás porque no se tenga la formación específica. La proactividad, creatividad y *entrepreneurship* no necesariamente vienen en los genes. También se pueden adquirir con esfuerzo y ganas de aprender”.





2. Sobre el porqué y el cómo

Acabé la carrera en junio de 2007, cuando la hoy ineludible palabra crisis no estaba aún metida en casi todas nuestras frases. Durante los 5 meses que pasaron desde que acabé la carrera hasta que decidí empezar a trabajar todas las semanas, recibía llamadas de empresas ofreciéndome trabajo. Así era la suerte del ingeniero 'pre-crisis'. En los siguientes tres años cambié dos veces de trabajo. Creo que soy profesionalmente inquieta. Cuando una ocupación me aburría durante cierto tiempo seguido, siempre intenté cambiarla. Creo que el hecho de que perdiera el interés a pesar de trabajar en buenos equipos y teniendo jefes ejemplares fue una buena señal de que había que cambiar el rumbo. Mi aventura, pues, no la motivó la crisis financiera, sino, más bien, la crisis de nuevos horizontes profesionales, innovadores y motivadores.

En mi opinión, el nivel de preparación técnica que recibimos los ingenieros es demasiado bueno como para limitar el ejercicio de nuestra profesión a las salidas laborales habituales. Especialmente hoy, a casi cinco años de distancia de la crisis de 2008, con un número creciente de ingenieros de caminos desempleados y un número decreciente de puestos de trabajo en el sector nacional, creo que es necesario sacarle provecho a nuestra educación combinándola con algo más, más allá de las fronteras profesionales tradicionales. Eso es lo que yo he intentado hacer en los últimos años. En mi caso, ese "algo más" ha sido el desarrollo.

La inspiración me llegó de África. En septiembre de 2009 fui de vacaciones a Guinea Bissau para visitar a mi hermana, por aquel entonces cooperante con la ONG Médicos del Mundo. A pesar de ser uno de los más pobres del mundo y gestar golpes de estado con una frecuencia pasmosa, este minúsculo país de apenas un millón y medio de habitantes entre Senegal y Guinea tiene un encanto especial que hace sentir cómodo y seguro aunque haya que ducharse con un balde de agua fría o caminar por las noches con linternas, tratando de esquivar los *buracos* que el tiempo ha ido abriendo en las calles nunca más asfaltadas desde que era colonia portuguesa. Quizá no es para tanto, no sé,

pero la verdad es que a esta enamorada de los libros sobre África de Kapuscinski y Reverte, su primera experiencia subsahariana le marcó para siempre.

Igual que en la mayoría de países en pobreza extrema, en Guinea Bissau casi toda la comunidad internacional (y la nacional educada) se dedica al desarrollo. A través de ellos conocí de cerca el trabajo de las ONGs y organizaciones internacionales: desde cómo lavarse las manos de forma efectiva para prevenir el cólera, epidemia que cada año deja miles de muertes en estos países, hasta cómo instalar sistemas de abastecimiento de agua y saneamiento básico en colegios.

Así es como empecé a considerar la posibilidad de estudiar un máster que de alguna manera orientara mi carrera profesional hacia mis recién descubiertos intereses. Y pocos meses después conocí la escuela de relaciones internacionales (SIPA) de la universidad de Columbia, en Nueva York.

La solicitud. Para los no iniciados, aviso que *considerar la posibilidad de estudiar un máster* en Estados Unidos requiere muchísimo trabajo y dedicación, pero sobre todo implica enfrentarse a montones de incertidumbres y a la propia ignorancia. Pasé horas entre *Google Translator* y *Word Reference* para entender las diferencias entre *academic record* y *transcript*, o *quantitative résumé* y *curriculum vitae*, tuve que pagar traducciones juradas de todos los documentos oficiales, conseguir cartas de recomendación en inglés de jefes y de profesores, cuanto más importantes, mejor, examinarme del TOEFL y GRE para demostrar mi nivel de inglés y escribir tres ensayos de dos mil palabras explicando por qué yo era la candidata perfecta. Para entrar competí con hijos de presidentes de gobierno, con personas que ostentan varias nacionalidades, que han estudiado en las mejores universidades del mundo y han estado expuestos con naturalidad lo mismo a la riqueza abrumadora de un palacio saudí que a la pobreza extrema de los suburbios de Nueva Delhi. Puede uno imaginar lo cuesta arriba que llega a hacerse todo este trámite a una alicantina de clase media con poca o ninguna exposición a estudios de posgrado en universidades internacionales y para quien, por más que algunos insistieron, la condición de ingeniera de caminos



nunca fue garantía de excepcionalidad intelectual o profesional. Por suerte para nosotros, en SIPA también hay gente normal. Por suerte para nosotros, las mejores universidades americanas están basadas en la idea del sueño americano que, más o menos, reza: "si quieres, puedes". Y, por suerte también, a las universidades americanas les encanta la diversidad, lo cual es una ventaja para un ingeniero de caminos español, primero porque nuestra nacionalidad no abunda entre las escuelas de posgrado y, segundo, porque éstas normalmente están faltas de perfiles técnicos.

La financiación. El coste de estudiar un máster en una de las mejores universidades de Estados Unidos asusta muchísimo. Es como invertir en una casa, sólo que al terminar no tienes casa. En mi caso decidí priorizar el desarrollo profesional y personal con la convicción de que las posibilidades laborales al terminar me ayudarían a recuperar la inversión relativamente rápido.

Habiendo trabajado a nivel de sueldos español, lo más probable es que los ahorros no puedan cubrir los gastos de matrícula y de vida durante los dos años de posgrado. Las opciones alternativas son pedir dinero prestado y solicitar todas las becas posibles. Los prestatarios pueden ser la propia familia, especialmente si es grande y generosa, y algunos bancos, como Banco Caminos, que ofrecen préstamos para estudios de máster y doctorado con condiciones de devolución y tasas de interés bastante razonables. Existe la posibilidad de pedir una beca a la universidad que cubra la matrícula del primer año, aunque conseguirla es muy improbable si no se tiene experiencia previa en este tipo de universidades, por desconocer cuáles son sus criterios de selección. Columbia también concede este tipo de becas para el segundo año, basándose en el rendimiento académico durante el primer año. Por otro lado, se puede solicitar una beca Fulbright por la que el gobierno español y el americano financian todo el coste del programa y los gastos de vivir en Estados Unidos, aunque es muy competitiva y por lo tanto muy difícil de obtener, a no ser que se solicite por el proceso extraordinario para funcionarios del Estado. Además, hay fundaciones privadas españolas que también conceden becas de posgrado. La mayoría de las que yo

conozco o bien son para estudios concretos (generalmente MBAs) o bien exigen el empadronamiento en una región concreta para poder solicitarla. Las de Caja Madrid y la Caixa son de las más generosas y están disponibles para cualquier ciudadano español. En mi opinión, conseguir una de estas becas es particularmente difícil para ingenieros de caminos, dado que el primer criterio de selección suele ser el expediente académico. Al final, a mí me quedaron pocas opciones. Pedí un préstamo al banco y ayuda a mi gran familia y me esforcé tanto como para conseguir una beca de Columbia en el segundo año.

3. Sobre Columbia, SIPA y el MDP

El campus principal y la mayor parte de las escuelas que forman la universidad de Columbia están en la isla de Manhattan, entre Broadway y Amsterdam, dos de las principales arterias de Nueva York, y las calles 115 y 122, en el barrio de Morningside Heights, entre el Upper West Side, al sur y Harlem, al norte. La mayoría de los estudiantes vivimos en apartamentos en alguno de estos tres barrios y nos trasladamos a los barrios más típicamente neoyorkinos gracias a la línea 1 del metro. Aunque, la verdad, la vida del típico estudiante de Columbia transcurre a pie entre su casa, la escuela y bibliotecas como Avery, Butler y Engineering, que parecen sacadas de una película de Harry Potter.

La universidad ofrece programas de grado, de máster y doctorados, todos divididos por semestres que en realidad duran menos de cuatro meses. Mirando a los estudiantes de grado, tan ruidosos y juerguistas durante los fines de semana, nunca me hubiera imaginado que sólo un seis por ciento de los que solicitan plaza son aceptados.

El sistema de estudio es bastante diferente a lo que los ingenieros de caminos estamos acostumbrados. Un ejemplo: todos los profesores preguntan en los exámenes lo que previamente han explicado en clase. Todos los profesores, ya sean jóvenes profesionales, ex-ministros colombianos o premios nobel de economía, te tratan como a un igual. Se aprenden los nombres y las caras de sus 200 alumnos, quienes acuden regularmente a las tutorías de sus profesores para



opinar abiertamente sobre lo que está funcionando y lo que no y dar recomendaciones de mejora. Además, todas las escuelas tienen estrictos sistemas de evaluación del profesorado y sus ayudantes para que las clases mejoren cada año.



Edificio Low Library, en el campus principal

El sistema también es distinto en cómo se estudia. Es más, no se estudia tanto. Se trabaja muchísimo. Hay clases obligatorias y muchísimas clases de libre elección que pueden escogerse dentro de la propia o en cualquier otra escuela de la universidad. Todas están perfectamente organizadas el primer día del curso y los alumnos reciben el temario de lo que se tratará cada día, la fecha de los exámenes y las entregas de los trabajos y los múltiples ensayos. Para casi todas las clases los alumnos tienen que hacer lecturas que son fácilmente accesibles online y cuidadosamente elegidas, por lo que, aunque a veces son absurdamente extensas, siempre son interesantes. Y la mayoría de la gente llega a clase habiendo leído, de manera que las clases son más dinámicas y fáciles de

seguir. Los innumerables ensayos requieren un nivel de investigación académica al que yo no estaba nada acostumbrada pero que agradezco profundamente haber adquirido. En el sistema americano, además, se premia la participación en clase de modo que los vergonzosos no tenemos más remedio que espabilarnos. De hecho, las notas son un reflejo claro del nivel de esfuerzo aplicado y, como todo el mundo se esfuerza, las notas medias rara vez bajan de notable, independientemente de la dificultad del curso. La motivación y autosuperación se contagian.

Y por supuesto, una de las mejores cosas es la posibilidad de aprender lo que te gusta directamente de los líderes en su campo, no sólo en clase, sino también en las pequeñas charlas y grandes conferencias de presidentes de gobierno o economistas internacionalmente reconocidos, entre otros. Escuchándolos, poco a poco te acostumbras a utilizar términos como *networking*, *empowerment*, *entrepreneurship*, o *impact investment*, tan importantes hoy en día, pero que en español ni siquiera tienen una traducción evidente.

SIPA. SIPA tiene varios programas de máster de dos años de duración, como los prestigiosos *Master of International Affairs* y *Master of Public Administration*. En ambos se eligen especializaciones que van desde derechos humanos hasta política energética global. Considerada por muchos una de las mejores del mundo y una de las más diversas de Estados Unidos, la escuela de relaciones internacionales de Columbia es una fusión interesante de razas, idiomas y colores de piel. Mis compañeros son de Jordania, Pakistán, Chile, Ecuador, Perú, Brasil, Colombia, México, Paraguay, Mozambique, Nigeria, Estados Unidos, Alemania, Francia, España, Corea, China, India, Canadá, Egipto e Irán. Son ateos, católicos, agnósticos, musulmanes, evangelistas e hindús. Ricos, pobres, de clase media. Todos comparten la determinación y la capacidad de esfuerzo y de lucha. Todos sin excepción han constituido mi mayor fuente de inspiración en los últimos dos años y seguro que seguirán siéndolo desde ahora.

MDP: DP, el *quid* de la cuestión. Aunque mi máster se llama Master of Public Administration in Development Practice, todo el mundo lo llama em-di-pi (MDP).



El MDP fue una idea que surgió de la Comisión Internacional para la Práctica del Desarrollo Sostenible, creada en 2007. Entre otros, Jeffrey Sachs, reconocido economista del desarrollo, profesor de Columbia, director de su Earth Institute y asesor especial de gobiernos y del secretario general de las Naciones Unidas, decidió que había necesidad de profesionales multidisciplinares del desarrollo. La pobreza extrema es consecuencia de la historia de los países, pero también de su geografía, de las políticas públicas aplicadas o no, de sistemas deficitarios de educación y salud pública, de la falta de sector privado, de la falta de crédito para el sector privado, de la falta de infraestructura que conecte consumidores, productores y mercados, de la falta de electricidad o energía limpia, del exceso de corrupción y de sistemas de gobernabilidad que fomentan una distribución desigual de la riqueza, entre muchos otros. Pero, sobre todo, la pobreza extrema es consecuencia de la interconexión, de la ocurrencia de muchos de estos factores al mismo tiempo. Desde este punto de vista, evidentemente, la formación de profesionales del desarrollo multidisciplinares tenía muchísimo sentido. Así que parece que estas personas tan influyentes convencieron a la famosa escuela de relaciones internacionales de Columbia para que hospedara el nuevo máster. Y se dice que para que heredara parte del prestigio de la escuela se le puso el nombre de *Master of Public Administration* delante del di-pi, aunque el quid de la cuestión es, precisamente, el *Development Practice*.

El año de lanzamiento fue 2009, o sea que la mía, graduada en mayo de 2013, es la tercera generación de MDPs. Hoy, cuatro años después, ya existe una red global de profesionales de desarrollo que han estudiado o están estudiando este máster en Columbia y en todas las demás escuelas que decidieron hospedar el mismo programa en 24 universidades de África, América, Asia, Europa y Oceanía.

Mientras la mayoría de programas en SIPA tienen unos trescientos alumnos, el MDP va creciendo poco a poco. En mi año no llegamos a 40, lo que permite que seamos un grupo especialmente unido. El MDP acaba siendo una especie de hermandad donde todos se conocen y saben lo que hacen los demás. Además

es un grupo muy interesante porque reúne ingenieros (los menos), economistas, especialistas en salud y agricultura, ex-trabajadores de ONGs y organismos internacionales o empresarios. Y todos con un interés común en la erradicación de la pobreza y el desarrollo de los países. La mitad del grupo está formada por americanos y la otra mitad es una mezcla de latinoamericanos, asiáticos, africanos y unos pocos europeos. Me alegra saber que en septiembre de 2013 dos españoles más se unirán al grupo, uno de ellos también ingeniero de caminos.



La clase de 2013, recién graduada. El Empire State, iluminado en honor a Columbia

En el MDP tenemos asignaturas troncales obligatorias de micro y macroeconomía, salud pública, seguridad alimentaria, estadística, gestión de proyectos e infraestructura. Y cientos de cursos a elegir, dependiendo de los intereses particulares. Yo he cursado asignaturas en economía del desarrollo, inversión en infraestructuras, política económica del desarrollo, reforma del sector público, política y desarrollo urbano o gobernanza económica global, por ejemplo.

Pero lo realmente especial del máster (y yo diría que lo que hace a muchos decidirse por este programa) es el requisito de hacer tres meses de prácticas subvencionadas en algún lugar en desarrollo, normalmente con una organización relacionada con la universidad. En mayo de 2012 me trasladé a Kisumu, en el oeste de Kenia, donde trabajé hasta mediados de agosto con la organización *Millennium Cities Initiative*.



4. Nueva York: lo bueno y lo menos bueno

Habiéndome trasladado a la gran ciudad de la primera potencia mundial esperando encontrar diferencias increíbles con mi pequeño país y mi viejo continente, la verdad es que en Manhattan me topé con algunas decepciones que posiblemente no habría capturado con ojos de turista y que sirven de ejemplo de las grandes contradicciones de Nueva York. La basura se acumula en las calles, atrayendo a un número demasiado abundante de ratas. Las diferencias sociales son enormes y palpables en el metro, donde las caras de cansancio y hartazgo del proletariado mayoritariamente latino y afroamericano contrastan con la piel blanca recauchutada de botox de la Quinta y de Madison Avenue. La falta y tremenda necesidad de mejores servicios sociales se evidencian con el sorprendente número de mendigos que la ciudad alberga y con la gigantesca suciedad e irregular funcionamiento del transporte público. El consumismo es extremo. Casi todo el mundo tiene un iPhone último modelo aunque no tengan para pagar el alquiler y la capacidad de generación de desperdicio sobrepasa, con creces, la capacidad de gestión. Muchos de los productos de alimentación (sea un sólo tomate o un kilo entero) vienen en cajas de plástico que llenan el cubo de la basura en un solo día. Las luces de los pasillos y salones de las casas muchas veces se dejan encendidas días y noches enteros, sin que a nadie parezca preocuparle el consumo energético. Por otro lado, al contrario de lo que yo inicialmente pensaba, el público neoyorkino no es demasiado exigente con el trato personal y siempre resulta curioso comprobar que los extranjeros son los únicos contrariados por la manera agresiva de hablar de policías de tráfico, agentes aeroportuarios y taquilleros y conductores del metro.

Pero todo eso es sólo lo menos bueno. Porque, en realidad, la mayoría de las personas que viven en esta ciudad es gente amable, del tipo que se para a explicar o incluso a acompañar a un turista perdido cuando le ve mirando un plano con desconcierto. No es coincidencia que casi cualquier persona con la que uno cruza tres palabras se despida con un *Have a good day!* Precisamente

porque es un pueblo multirracial, están acostumbrados al trato con el diferente y a esforzarse por entender cualquier acento de cualquier parte del mundo. Y precisamente por la escasez de servicios sociales de calidad, los neoyorkinos están acostumbrados a implicarse en todo tipo de labores sociales para ayudar al prójimo.

Como ciudad Nueva York es alucinante. Uno pasea como dentro de una película que ha visto miles de veces. Los rascacielos infinitos se mezclan con casas bajas de ladrillo en una composición imposible que, curiosamente, queda bien. Otra combinación típica de Nueva York es la de piedra y metal de los impresionantes puentes que unen Manhattan con el resto de la ciudad. Y si a eso se unen el verde bosque y el verde campo, de resultado sale el *Highline*, una antigua vía de tren de mercancías en las alturas reconvertida en parque lineal en las alturas y que le está dando un estilo particular y muy artístico a la parte más occidental de los distritos de *Chelsea* y *Meatpacking* (hasta hace unos años, barrios industriales poco recomendables). Y es que viviendo en Nueva York uno está expuesto a todo tipo de arte. Hay música por todas partes. Es posible estar trabajando o estudiando desde uno de los muchísimos “espacios abiertos” de la ciudad y estar presenciando la grabación de una película o el ensayo de un grupo de música buenísimo. Central Park es el más conocido, pero Nueva York está lleno de parques de todos los tamaños que con dos rayos de sol se llenan de gente haciendo deporte o pasando el rato. Mis preferidos son Riverside y Bryant Park. Pero no sólo son los parques y los espacios abiertos, es que todas las dinámicas de esta ciudad fomentan el multiculturalismo, la mezcla y la convivencia en espacios comunes, lo que a su vez alimenta la creatividad. Y aunque a los estudiantes, en general, nos falte el dinero y el tiempo libre, la verdad es que a poco de interés que uno ponga, la ciudad se acaba disfrutando muchísimo.



El Grito, de Edvard Munch, en el MoMA, el puente de Brooklyn
y concierto de jazz en Central Park

Es cierto que allá donde vamos a los españoles siempre nos falta el bar de barrio con cañas y tapas. Aquí eso se puede intentar compensar con el hecho de tener restaurantes de todos los tipos y todas las calidades posibles cada pocos pasos, con los mejores del mundo acompañando a los grasientos carritos de comida rápida en el paisaje de una típica calle neoyorkina.

5. Vivir y trabajar en Kisumu, Kenia

Sobre Kenia y Kisumu. Kenia es el país más rico del este de África, medido por su PIB. El máximo contribuyente a los ingresos nacionales es el turismo, principalmente de safaris en el interior y playas paradisíacas en la costa. Pero Kenia también es uno de los países menos desarrollados del mundo, con una esperanza de vida de unos 57 años y casi un 5 por ciento de la población infectada con VIH, lo que provoca decenas de miles de muertes al año.

Kenia es prácticamente del tamaño de España, aunque tiene unos 15 millones de habitantes menos, repartidos en ocho provincias. La provincia suroccidental de Nyanza tiene su capital, Kisumu, descansando a orillas del Lago Victoria, ese mítico enclave africano que comparten Kenia, Tanzania y Uganda. Gracias al lago, Kisumu tiene carácter de pequeña ciudad portuaria. De hecho, el tráfico portuario y el hoy obsoleto ferrocarril que une Kisumu con Mombasa pasando por Nairobi, le han ayudado a convertirse en la tercera ciudad más importante del país.

La etnia mayoritaria en la región son los Luo, la misma que la de la familia keniana del presidente Obama, como destacan orgullosos los locales en cuanto hay ocasión. Kenia tiene muchísimos grupos étnicos y, la mayoría, concentrados geográficamente. Desgraciadamente, la historia contemporánea del país está plagada de favoritismos de los políticos a sus regiones de origen y su gente y, peor, de injusticias a los demás, lo que alimenta la desconfianza y el odio y hace que en algunas circunstancias sea muy difícil para un Luo vivir entre Kikuyus y viceversa. Y esto hace, también, que un keniano primero se identifique con su etnia y, después, como keniano, así como siente que su primera lengua es la tribal y luego las nacionales (kiswahili e inglés).

En general, los Luo de Kisumu son gente encantadora y hospitalaria que vive su día a día como en cualquier lugar del mundo, trabajando con lo que puede para vivir. Un típico día en Kisumu transcurriría alrededor de Odinga Odinga, una de las principales calles comerciales de la ciudad. Se ven hombres sentados en poyetes a la sombra, unos leyendo el periódico y otros limpiando zapatos y a mujeres vendiendo todo tipo de productos, desde mangos, papayas y aguacates frescos hasta tarjetas 'sim' pasando, por supuesto, por los innumerables puestos de ropa usada y telas africanas. De hecho por todo Kisumu hay puestos de venta callejera. La compra y (sobretudo) venta incesante de toda clase de objetos en calles y parques es en realidad una imagen muy típica de la pobreza extrema.

Odinga Odinga también es la única entrada al Lago Victoria en el centro de la ciudad. Precisamente esa entrada (llamada *beach* por los locales, aunque no se parece mucho al concepto habitual de playa) es otro de los bulliciosos e interesantes puntos a visitar en Kisumu. Es el lavadero oficial de coches, *tuk-tuks* (motocarros), *piki-pikis* (motos) y autobuses. Pero también hay restaurantes que sirven tilapia fresca cocinada en un caldo con tomate y perejil (el plato típico de Kisumu), que se come con las manos y con *ugali*, una gacha de maíz básica en la alimentación de África del este.



Mercado de ropa usada, el mercado municipal de frutas y verduras y coche lavándose en el Lago Victoria

Es curioso que estando en un lago, la ciudad parezca darle la espalda. Quizá porque muchos de los mejores lugares a la orilla del lago están ocupados por clubs privados que los colonizadores británicos construyeron para no mezclarse con los locales. Hoy en día, estos clubs siguen siendo de acceso restringido a los más adinerados de la ciudad, normalmente keniatas de origen indio. De hecho, la comunidad india en el oeste de Kenia es bastante grande. Los primeros en llegar, hace varias generaciones, fueron trasladados por los ingleses desde India para trabajar en la construcción del ferrocarril. Muchos se establecieron e importaron algunas de sus costumbres. Por eso en Kisumu hay varios templos hindús y se puede encontrar comida india excelente.

Hay algunos restaurantes internacionales con buena comida y bares donde ir a beber una *Tusker* bien fría, aunque los locales prefieren beber la cerveza nacional caliente. Hay algunos sitios donde ir a bailar, pero a la hora de invitar a salir a amigos locales es posible que uno se encuentre con caras de perplejidad. Y es que en las últimas décadas algunas iglesias no autóctonas, principalmente cristianas, han hecho grandes esfuerzos por evangelizar a los keniatas. Aunque la mayoría de las personas que conocí tenía estudios y la había estudiado en el colegio, ninguno creía en la teoría de la evolución. Al mismo tiempo, habían sido aleccionados por sus pastores sobre ciertas costumbres cuasi-pecaminosas, como beber alcohol o salir a bailar. En una ocasión fui invitada a una boda. Durante la misa escuché más de cinco veces que el único sentido de la existencia de la mujer es estar casada con un hombre. En mi opinión, esta

creencia es utilizada por muchos para justificar la poligamia de los hombres Luo, abiertamente reconocida y aceptada.

Leí en alguna parte que es una pena que el oeste de Kenia sea tan desconocido, ya que tiene un potencial turístico enorme. Y es que no sólo tiene el Lago Victoria con sus hipopótamos. Kisumu también está a unas pocas horas de viaje de Uganda (donde cerca de la frontera se puede visitar el nacimiento del Nilo Blanco, en Jinja), del parque Masai Mara, en Kenia y el Serengeti y Ngorongoro, en Tanzania, y a unas cuantas horas más de distancia de la región del Kilimanjaro, donde además de la imponente montaña hay un aeropuerto con vuelos *low cost* a la paradisíaca isla de Zanzibar.



El Nilo Blanco en Jinja, leona en el Serengeti y barco de pescadores en Zanzibar

El trabajo. La verdad es que mi trabajo en Kisumu tuvo poco que ver con la ingeniería. Precisamente por ser muy nuevo, mi máster cuenta con la desventaja ocasional de la falta de organización. Y por eso, para cuando mi compañera y yo llegamos a Kisumu lo único que se había decidido era que trabajaríamos con *Millennium Cities Initiative* (MCI), una organización de la universidad de Columbia que investiga, analiza e implementa intervenciones multisectoriales de desarrollo urbano en 11 ciudades de África, entre ellas Kisumu. La representante de MCI en Kenia es especialista en salud pública, así que mientras pensábamos qué sería útil hacer, nos llevó a visitar al delegado del Ministerio de Sanidad en Kisumu. Este señor nos explicó que un problema principal era la falta de información fiable del lado del gobierno sobre cuántos centros de salud estaban operando, dónde estaban y qué servicios ofrecían, porque en los barrios más pobres donde la gente no tiene dinero para pagar un transporte que le traslade al hospital más



cercano, es típico que surjan centros gestionados por personal médico con o sin licencia. También necesitaban saber si los centros que ofrecían tratamientos para el SIDA proveían los medicamentos adecuados, ya que la epidemia es especialmente preocupante en Kisumu, donde el porcentaje de infectados es casi tres veces mayor que la media nacional. Nos pareció un reto interesante y decidimos ayudar. Con algunos datos de partida del Ministerio y con ayuda del equipo de MCI en Nueva York diseñamos unas encuestas en teléfonos Android, con los que también se podían registrar las coordenadas GPS. Hicimos listas de los centros oficiales, con sus direcciones o números de teléfono, si los había, y empezamos la búsqueda. Sabíamos dónde estaban los hospitales más grandes y las clínicas más céntricas, pero para el resto tuvimos que agudizar el ingenio ya que, o bien los centros no tenían teléfono, o bien las calles no tenían nombre, o bien la gente a la que preguntábamos no conocía los nombres de las calles. Una técnica muy exitosa fue la del boca a boca, aprovechando que allá donde nos metíamos, y especialmente en los *slums* (barrios de chabolas), casi siempre se formaba un corro de gente para darnos la bienvenida y preguntarnos quiénes éramos y cómo podían ayudarnos.



Abordo de un *matatu* y paisaje del típico *slum* de Kisumu

Para las zonas más alejadas nos valimos de nuestros compañeros de viaje en *matatu*, el transporte público por excelencia para distancias medias y largas en Kenia: una camioneta de unas doce plazas donde llegaban a meterse hasta cuarenta personas, sin contar gallinas, pescados y otros bultos transportados.

Para meternos hasta el fondo de los laberínticos *slums* contratábamos a un motorista que nos conducía por calles enfangadas hasta encontrar las clínicas. Con los motoristas hicimos amistad, ya que pasamos muchas horas juntos y mutuamente nos ayudamos en lo que pudimos.

Así que pasamos casi tres meses recorriendo Kisumu de norte a sur y de este a oeste hasta dar con todos los centros que la gente conocía. En total 83, de los cuales el Ministerio sólo conocía unos 60. De todos ellos recopilamos coordenadas, datos sobre servicios ofrecidos y material, personal y equipamiento con el que contaban o que les faltaba, información de contacto e infraestructura disponible, para saber qué tipo de vía daba acceso al centro, a qué distancia estaba la carretera más cercana, si tenían agua corriente y electricidad y, si no, con qué medios la obtenían, así como si quemaban o tenían algún sistema de gestión de residuos hospitalarios. Todos estos datos los transformamos en archivos Excel fáciles de usar y en un informe con conclusiones y fichas para cada centro con fotos, localización y algunos datos sanitarios básicos. También utilizamos las coordenadas para desarrollar un mapa virtual online y presentamos y compartimos todo con la oficina del Ministerio de Sanidad en Kisumu.



Dos de los centros de salud privados más pobres de Kisumu

Hoy, tanto el Ministerio como el equipo fijo de MCI en Nueva York tienen datos fiables y actualizados que sirven de base para el diseño de los futuros proyectos en el sector de la salud. Y con datos de partida fiables y actualizados, la implementación de cualquier intervención será, seguro, mucho más efectiva.



6. Un proyecto en Paraguay...

El máster da la oportunidad de hacer *sustainable development practicums*, unos proyectos de consultoría de cuatro o cinco meses de duración, con un asesor académico y un cliente, que suman los mismos créditos al expediente que una asignatura. En noviembre de 2012 me uní a un equipo de estudiantes de posgrado y de economistas de Columbia, para investigar sobre los retos del desarrollo en Paraguay y las potenciales oportunidades derivadas del exceso de producción de energía hidroeléctrica en la presa de Itaipú. Nuestro trabajo debía concluir en un informe para el gobierno del país, que el Ministro de Industria había encargado meses antes al economista Jeffrey Sachs.

Trabajar en este proyecto me permitió conocer un poco más de la realidad paraguaya y, en general, de los problemas que plantean para el desarrollo social una matriz de consumo energético poco sostenible, una red de transmisión y distribución eléctrica poco fiable, la falta de una infraestructura de transporte de calidad o, simplemente, la localización geográfica. Y es que, rodeado de dos gigantes como Brasil y Argentina y sin salida al mar, es muy difícil para Paraguay encontrar ventajas comparativas respecto a los países de la región. De hecho, su bajo PIB per cápita sitúa a Paraguay como la tercera economía más pobre de Sudamérica, después de Guyana y Surinam, y su población activa tiene niveles de educación primaria, secundaria y terciaria por debajo de la media de los países que le rodean.

La presa de Itaipú es binacional, porque su gestión y su producción energética están compartidas a partes iguales por Brasil y Paraguay. El acuerdo entre los dos países dice que si una parte no usa toda su energía, la otra tiene el derecho de comprársela. Y este es el caso hoy en día: Paraguay apenas utiliza un pequeño porcentaje del 50 que le corresponde, así que le vende el resto a Brasil a precios por debajo del valor de mercado, en concepto de pago de la deuda de Paraguay a Brasil por la construcción de la presa en los años 70.

El equipo debía trabajar desde Nueva York y también viajando a Paraguay para reunirse con funcionarios del gobierno, del banco central, *think tanks* y ONGs. El objetivo era investigar, por un lado, cuáles eran los principales impedimentos para el desarrollo socio-económico del país y, por otro, analizar la conveniencia de que una planta de procesamiento de aluminio (una industria que es electro-intensiva) se estableciese cerca de la presa de Itaipú, en el lado paraguayo, pagando por la energía más de lo que actualmente paga Brasil y si esto contribuiría al auge de una pequeña industria secundaria que se beneficiara de la nueva megaindustria.

Las conclusiones del estudio aún no se han hecho oficiales, pero la universidad de Columbia sigue trabajando con el gobierno paraguayo con la intención de encontrar la forma de mejorar los índices de desarrollo socioeconómico del país.

7. ... Y otro en Mozambique

SIPA ofrece *capstones* que, igual que en el caso anterior, dan la oportunidad de trabajar en un proyecto real, a cambio del mismo número de créditos de una asignatura. En este caso, el cliente fue *Mozambique Governance Watch*, una ONG mozambiqueña, y el asesor académico fue Jenik Radon, profesor de Columbia y experto en operaciones de industrias extractivas en países en desarrollo.

Las empresas extractivas empiezan a ser una pieza clave para el desarrollo de algunos países en situación de pobreza extrema y a veces, incluso, en el empeoramiento de esa pobreza. Con permisos gubernamentales las empresas exploran el terreno en busca de recursos naturales. Si los encuentran y obtienen permisos de explotación, se establecen en el país y se pueden llegar a convertir en una parte importantísima de su economía: si los gobiernos hacen una buena gestión, la nueva industria puede significar el empujón para salir del subdesarrollo; si la gestión es mala, la economía puede quebrar debido a incrementos insostenibles de la inflación, una excesiva apreciación de la tasa de cambio, la reducción de la competitividad de los demás sectores productivos y



a otros factores que los economistas engloban en lo que se conoce como “la maldición de los recursos”.

Para el estudio se formó un equipo multidisciplinar de estudiantes de posgrado que además de una ingeniera tenía abogados, economistas, expertos en medio ambiente, gobernanza y en reasentamientos y derechos humanos. El objetivo era producir un informe exhaustivo sobre los retos y oportunidades que los recientes descubrimientos de gas natural y carbón podrían suponer para el desarrollo del país. Y es que Mozambique es un caso especialmente interesante. Por un lado, ocupa el penúltimo puesto en el índice de desarrollo humano de las Naciones Unidas, un indicador que evalúa desde aspectos microeconómicos de la vida de las personas, hasta la situación de hambre, salud y educación. Al mismo tiempo, debido a los recientes mega-descubrimientos de gas natural *on* y *off shore* y de carbón en la provincia interior de Tete, algunos expertos creen que Mozambique tiene el potencial de convertirse en uno de los países más ricos del mundo.

El proyecto se llevó a cabo en Nueva York y en Mozambique, a donde viajamos para reunirnos con representantes del gobierno, de grupos sociales, de organismos internacionales bilaterales y multilaterales y del sector privado.

Mi parte del proyecto consistió en determinar cuáles eran los principales desafíos para el desarrollo del sector privado en Mozambique y, sobre todo, en hacer un análisis detallado de la situación de la infraestructura de transporte y eléctrica en el país, así como, en ambos casos, dar ciertas recomendaciones generales sobre qué deberían hacer las autoridades en pro del desarrollo social. Lo que enseguida surgió como un problema básico fue la falta de inclusión y accesibilidad de las infraestructuras. Tanto la red de carreteras como la red ferroviaria, obsoletas, sólo se reforman o amplían para dar servicio a las nuevas mega-industrias extractivas extranjeras. El gobierno no tiene, por el momento, recursos para financiar la infraestructura necesaria y por lo tanto, se suele pensar en modelos de participación público-privada. Sin embargo, hay que tener en cuenta que más de la mitad de la población vive por debajo del umbral de

pobreza extrema y si se optara por el pago de un peaje por uso de infraestructura, los mozambiqueños tendrían aún menos acceso e inclusión social, aumentando la desigualdad y los riesgos de conflicto. Por otro lado, aunque el gobierno ha hecho un esfuerzo en los últimos años por llevar electricidad a todos los distritos, tras entrevistar a varias ONGs descubrimos que en realidad la energía sólo llega a los *centros* de distrito, donde están algunos negocios y edificios oficiales, pero no la mayoría de los comercios y de los hogares. Es paradójico que menos de un 20 por ciento de los mozambiqueños tengan electricidad en un país con enorme potencial de producción energética y que, además, vende alrededor del 90 por ciento de su generación hidroeléctrica actual a Sudáfrica.

Un problema añadido es que los recursos naturales recientemente encontrados están en algunas de las zonas más pobres y despobladas del país. Estas regiones muchas veces carecen de las redes de abastecimiento de agua y electricidad, o incluso de alimento, necesarias para servir a una población en rápido crecimiento debido al efecto llamada de las nuevas industrias a la mano de obra nacional, atraída por la posibilidad de mejores oportunidades laborales. En este caso una buena planificación de las infraestructuras puede ayudar a evitar riesgos de sobresaturación, chabolismo y empeoramiento de la pobreza.

El informe completo incluyó una revisión de la legislación minera y de hidrocarburos, un análisis de la situación de las poblaciones alrededor de las nuevas mega-industrias y de la normativa de reasentamientos, un análisis del potencial de desarrollo macroeconómico derivado de la extracción de recursos naturales, unas recomendaciones sobre la gestión de los nuevos recursos económicos a través de un fondo soberano, un estudio de medidas anti corrupción y de gobernabilidad y un estudio de riesgos medioambientales.

8. Algunas consideraciones finales

Sobre estudiar un máster. Creo que uno sólo debería plantearse estudiar en una de estas carísimas universidades si, o bien de verdad le encanta lo que va a



estudiar o lo que podría venir después, o bien no sabe muy bien de qué va la cosa pero tiene dinero y tiempo de sobra para probar cosas nuevas. El esfuerzo personal, moral y financiero es tan grande que merece la pena estar totalmente convencido.

Sobre lo que aprendes. Algo interesante que te enseña el ambiente en escuelas como SIPA y universidades como Columbia es que casi todo se puede conseguir. La idea es que no hay que echarse atrás porque no se tenga la formación específica. La proactividad, creatividad y *entrepreneurship* no necesariamente vienen en los genes. También se pueden adquirir con esfuerzo y ganas de aprender.

Sobre las opciones de trabajo. No hay una salida evidente para los MDPs. Más bien, cada uno diseña la suya en el proceso. Los hay que han creado su propia empresa con fines sociales, los que han ido a trabajar para los gobiernos de sus países en las agencias de desarrollo, los que acaban gestionando programas y proyectos de ONGs, los que deciden gestionar proyectos dentro del marco de responsabilidad social corporativa de empresas extractivas, o los que trabajan en grandes fundaciones filantrópicas americanas, como la Clinton, la Gates, la Ford o la Rockefeller.

Una salida típica para ingenieros podrían ser los bancos de desarrollo (BID, Banco Mundial, ADB, etc.), que son mucho más potentes e influyentes que muchas organizaciones (o incluso gobiernos) en la financiación e implementación de proyectos de infraestructura. Sin embargo, mientras la filosofía del MDP es la de formar profesionales *generalistas* de desarrollo, la mayoría de los bancos de desarrollo están más inclinados a buscar profesionales *especialistas*, si bien el trabajo en estos organismos no suele ser tan especializado y es muy típico cambiar de sector cada ciertos años. Estas organizaciones prestan dinero y en muchas ocasiones asesoran técnicamente a gobiernos de países en desarrollo, por ejemplo, en el diseño de una estrategia de infraestructura que responda a las necesidades socioeconómicas de la población. Otra posibilidad serían las consultoras que son contratadas por empresas o gobiernos de países en

desarrollo para algún tipo de estudio relacionado con infraestructura o energía. En Estados Unidos, además, existen varias consultoras que se dedican exclusivamente a proyectos de desarrollo. Además, tanto la Unión Europea como las agencias de desarrollo de los países europeos son muy activas en cooperación internacional y, aunque son poco frecuentes, de vez en cuando sacan convocatorias para trabajar con ellos como asesor técnico o funcionario.

Links

- [Columbia SIPA \(School of International and Public Affairs\).](#)
- [MPA in Development Practice.](#)
- [The Earth Institute Columbia University.](#)
- [Global Association MDP \(Master's in Development Practice\).](#)
- [Health Facilities Kisumu \(Kenia\).](#)

Si alguien quiere contactar conmigo para saber más sobre mi experiencia en Estados Unidos o en otros lugares, o para hacerme preguntas sobre el proceso de solicitud de un máster, puede hacerlo por email en: pr2383@columbia.edu.